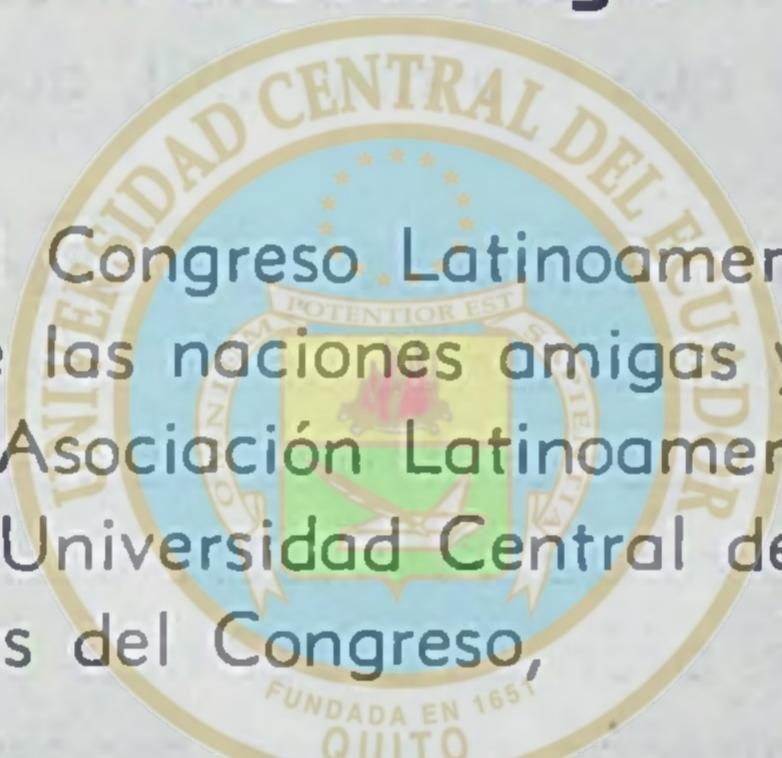


# Discurso pronunciado por el profesor Astolfo Tapia Moore, Delegado Chileno y Vice-Presidente del Torneo, en la Sesión de Clausura del Tercer Congreso Latino Americano de Sociología

Señor Presidente del III Congreso Latinoamericano de Sociología,  
Señores Embajadores de las naciones amigas y de mi país,  
Señor Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología,  
Señores Decanos de la Universidad Central del Ecuador,  
Colegas y Colaboradores del Congreso,  
Señoras y Señores.



## ÁREA HISTÓRICA

Es una ley de la vida que cuando se aprecian con profundidad los fenómenos, los hechos más gratos resultan sumamente cortos y siempre llega su momento final. Es la sensación que experimento al hablar esta tarde, por encargo honroso de nuestros estimados colegas del III Congreso Latinoamericano de Sociología, en esta sesión de clausura, que para nosotros viene a ser la despedida oficial del Ecuador.

Con tristeza tenemos que afrontar estos momentos. En realidad, tiene razón el señor Decano de la Facultad de Jurisprudencia, al estimar que breves han sido estos días. En los recuerdos hermosos de nuestra vida de maestros y de soñadores de altos ideales humanos, muy cortos se nos harán estos días maravillosos pasados en esta querida tierra hermana. Hemos estudiado a la medida de nuestras capacidades problemas fundamentales de la convivencia humana, que nuestra Ciencia ha llamado sociedades humanas y hechos sociales. Con elevación, con armonía, presididos por el noble espíritu de cariño de los amigos ecuatorianos, hemos abordado problemas de la Ciencia de nuestras mejores aficiones, la Sociología, disciplina universal en la cultura humana, y hemos ahondado en los problemas de nuestros pue-

blos, que tienen tanto de común y que tienen, también, tanta urgencia para solucionar cuestiones trascendentales que afectan a los grupos humanos que componen nuestros países.

Hemos realizado el estudio de problemas vitales de la sociedad y de los hombres, para entregar, después, nuestras conclusiones tendientes a un perfeccionamiento superior. Esta es la pretensión de los Sociólogos: dar las bases a nuestros estadistas, a nuestros gobernantes y legisladores, por medio del estudio científico de las realidades sociales, para que puedan solucionar mejor los problemas de nuestros pueblos. Y esto no es una pretensión vana, porque un médico, por ejemplo, no podrá curar una enfermedad si previamente no estudia Biología. Y un gobernante o un legislador no podrá remediar los males de que puede padecer un pueblo, si acaso no conoce las causas de esos males, si acaso no conoce las realidades existentes en ese pueblo.

El I Congreso Mundial de Sociología, celebrado en Zurich en 1950, sostuvo que nuestra disciplina era necesaria para el mejor gobierno de los pueblos, y que era muy útil, además, la realización periódica de estos Congresos.

Y es por eso que allí decidimos, para bien de nuestros países, formar una Asociación Latinoamericana de Sociología.

Poco a poco se han ido formando las respectivas Sociedades Nacionales y hemos venido realizando estos Congresos Latinoamericanos cada dos años, no con el afán de saber más cada uno de nosotros, sino con el objeto de entregar nuestros modestos conocimientos para beneficio de nuestras colectividades: los pueblos de América Latina. Con este fin hemos llegado este año al Ecuador. Y qué bien estuvo el Congreso del Brasil al acordar que Quito fuera la sede del III Congreso y qué orgullo y satisfacción siente la Delegación de Chile por haber propuesto su realización en esta capital. Cómo hemos encontrado aquí manos abiertas y cálidas que han estrechado las nuestras con la más sana cordialidad. Cómo en esta maravillosa y gentil ciudad hemos podido medir mejor esta fraternidad. Cómo parece que su paisaje rodeado de cerros ha traducido el cariño de los colegas ecuatorianos y ha guardado con igual afecto nuestros estudios y nuestras noches de descanso.

Todo esto lo hemos sentido en este Quito magnífico, en este pueblo del Ecuador del gran poeta José Joaquín Olmedo, que, con gran espíritu americanista, fué redactor de la primera Constitución del pueblo hermano del Perú y al cual el gobierno chileno, con toda justicia, condecoró oportunamente con la Orden al Mérito, instituída por nuestro Bernardo O'Higgins. Este pueblo magnífico, pequeño en territorio pero enorme en cultura y en ideales, que ha dado a América un maestro de los hombres libres y de la juventud: la egregia figura de

Juan Montalvo. Y, por qué no decirlo, este pueblo ecuatoriano a uno de cuyos preclaros hijos la democracia latinoamericana admira y al cual rindo esta tarde un homenaje sincero: a la gran personalidad del reformador, mártir y ejemplo que fuera Eloy Alfaro. Rendimos, pues, un homenaje, como modesta pero sincera retribución al afecto de los hermanos ecuatorianos, de nuestros colegas y amigos, en las figuras de todos sus grandes maestros, intelectuales, poetas, legisladores y estadistas, que con gran esfuerzo han ido formando esta nacionalidad que se caracteriza por ser americanista y pacífica por excelencia. Los que hemos tenido oportunidad de estudiar a sus grandes sociólogos y a sus grandes tratadistas de Derecho Internacional, hemos visto brotar de sus páginas, además de las leyes formales y de los artículos de los Códigos, el cariño del Ecuador por sus hermanos de América.

Nos despedimos, pues, con tristeza de este pueblo, pero con la alegría escondida de haber podido llegar acá y de haber podido fraternizar, aunque haya sido estos breves días, con estos excelentes Decanos y magníficos Rectores, y de haber conocido sus Universidades, que hablan tan bien del país y de su pueblo. Todavía de escasa población, por razones conocidas, tiene Universidades en cuatro de sus ciudades. Tiene, además, una institución ejemplar, a la cual expresamos aquí nuestra admiración, la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Yo debo declarar esta tarde que estaba en un gran error. Creía que la Casa de la Cultura Ecuatoriana era sólo, como su nombre lo indica, una casa que funcionaba en Quito para fomento de las manifestaciones culturales, y me he encontrado con la agradable sorpresa de que ella es toda una prestigiosa institución nacional, que tiene, además de su magnífica sede principal, centros en todo el país, donde se hallan representadas todas las organizaciones culturales más importantes del Ecuador. Hemos tenido oportunidad de visitar algunas localidades de provincia y en ellas hemos visto desollar la Casa de la Cultura. Esta es otra experiencia magnífica que hemos aprendido en este gran pueblo ecuatoriano. Rendimos, también, a esta Institución nuestro entusiasta homenaje.

Y ahora, señores colegas del Congreso, señoras y señores: como chileno debo agradecer públicamente el acuerdo de que el IV Congreso Latinoamericano de Sociología se realice en Santiago de Chile. No podemos borrar el nombre de Santiago de Chile; pero los chilenos nos sentimos orgullosos de que se pueda llamar Santiago de América. Es de todos Uds., queridos colegas. Con los brazos abiertos los esperamos. Sabemos que es imposible superar las muestras de cordialidad y de cariño de los ecuatorianos; pero trataremos de seguir su ejemplo. Nosotros queremos ver llegar a nuestra lejana tierra, colgada de la enorme

cordillera de los Andes y con sus costas bañadas por la inmensidad del Pacífico, a nuevos representantes, a los continuadores de aquellos grandes americanos que han vivido y producido en nuestra tierra, como el notable sociólogo Eugenio María de Hostos, como el célebre poeta Rubén Darío, como el gran sabio Andrés Bello y como el magnífico maestro Domingo Faustino Sarmiento. Cuando vayan llegando estos nuevos representantes, veremos las figuras de los grandes maestros de América, volviendo a nuestro país, y sentiremos por ellos el mismo afecto y respeto que profesamos a esos grandes hombres, que por suerte para los chilenos vivieron en nuestra tierra. Serán los colegas de toda América recibidos en el pueblo de Bernardo O'Higgins, discípulo del prócer máximo de la Independencia continental, don Francisco de Miranda. La tierra nuestra, que ha tenido en el campo de los estudios sociológicos e históricos, que son vitales para el perfeccionamiento humano, a Francisco Bilbao, que no fué sólo chileno, sino que anduvo luchando por nobles ideales en otras tierras americanas, como en Paraguay y en la Argentina. Que ha tenido un José Victorino Lastarria, un Benjamín Vicuña Mackenna y un Valentín Letelier. Todos ellos han sido maestros; pero, sobre todo, luchadores en beneficio de la colectividad. Todos estos grandes chilenos participaron en el fragor de la lucha, no de la politiquería, sino de la gran política dignificadora, que tiene por objetivo el mejoramiento de los pueblos y la felicidad de los ciudadanos. Todos estos chilenos que he nombrado defendieron grandes causas, así como la defendieron, también, todos los grandes sociólogos e intelectuales americanos a que me he referido y muchos más que no menciono, por no cometer injusticias al omitir a algunos de ellos.

Con este espíritu, con este ánimo, recordando el espíritu y el ánimo del Congreso del Ecuador, les esperamos en Chile. Y ahora, para terminar el cumplimiento de mi misión, a nombre de los Delegados del Congreso, reiteramos nuestros íntimos y sentidos agradecimientos. A las autoridades nacionales del Ecuador, a las dignísimas autoridades universitarias, a todos los trabajadores de este Congreso, desde su querido Presidente hasta el más modesto Secretario o dactilógrafo, nuestro más rendido reconocimiento. No han podido hacerlo mejor, difícil será que otro Congreso los supere. Nos despedimos, pues, con el alma encendida de cariño y de afecto americánista. Desde las aguas del Caribe hasta las lejanas aguas del Antártico, todos los Delegados latinoamericanos expresamos públicamente este reconocimiento. Les esperamos en Chile, dando un tremendo salto cósmico, desde el Chimborazo hasta el Aconcagua. Queridos amigos, has luego. ¡Viva el Ecuador y América Latina!